

### 113. Seducidos, ¿por quién?...

Hay una palabra en el lenguaje humano que nos suele dar algo de prevención y que en el lenguaje cristiano no sólo da prevención sino verdadero miedo: es la palabra *seducción*. Como puede ser también una palabra que inspire una ilusión y una realidad divinas. Todo depende de quién sea el seductor. Si nos seduce el mal, es temible. Si nos seduce Dios, ¿quién puede quejarse?...

Seducción es dejarse atraer por otro, caer en sus manos, ser atrapado y no saberse soltar. Se ha caído en unas redes suaves al principio, pero que ya no sueltan a sus presas, ni el enemigo para perderlas, ni Dios para salvarlas. Como vemos en la Biblia a cada paso.

Empezando por la madre **Eva**, que se entretiene en hacer caso a la serpiente: *¿No te das cuenta de lo rica y sabrosa que debe ser esa fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal?... Como Dios sabe que el día en que lo probéis se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses, por eso os lo ha prohibido. ¡Anda, no seas tonta, y come!...* Quedó seducida por Satanás, y sabemos las consecuencias...

**Sansón** era más fuerte que un león, y los estragos que causaba a los filisteos han sido proverbiales. Hasta que aquella mujer Dalila lo enredó con sus cabellos de seda, sus miradas de fuego y sus palabras de miel... *¡Sansón! ¡Qué poco me quieres! ¡Por qué no me dices tu secreto?* Besito va y besito viene..., unas lágrimas falsas que ruedan por las mejillas..., y ya tenemos al hombre más fuerte que ha existido, convertido ahora en un muñeco, rendido a los pies de una mujer astuta...

**Salomón**, el sabio por antonomasia y el rey más esplendoroso de Israel, cae en manos de mujeres extranjeras, porque una tras otra le van robando el corazón. Llena las colinas que circundan Jerusalén con santuarios a los dioses de sus concubinas, se postra ante ellos, se convierte en un escándalo para todo el pueblo, y Dios se ve obligado a dividir el reino y entregar diez de las doce tribus al enemigo separatista...

**Judas**, cuando ve relucir las treinta monedas en manos de los sacerdotes del templo que se las alargan: *¡Mira, mira cómo brillan! Y son tuyas, tuyas, si nos lo entregas...* Y seducido por el dinero, comete la traición más horrible descrita por la historia...

**Simón el Mago**, al contemplar los milagros de Pedro en Samaría, se dice soñador: *¡Qué poder tendría en mi mano con ese Espíritu Santo a mi disposición! ¡Qué maravillas obraría! ¡Cómo me alabarían todos los hombres! ¡Y si logro comprar con fuerte suma ese poder de hacer milagros?...* Así piensa, pero escucha de Pedro: *¡Tu dinero te sirva para tu perdición! ¡Con dinero quieres comprar el don de Dios?...*

El placer, el dinero, la fama son seductores y pierden a tantos y tantos.. Pero Jesús y los apóstoles nos advierten severamente sobre otra seducción peor, como es la de dejarse atrapar por la falsa doctrina.

Jesús nos previene: *¡Cuidado! Que se van a alzar muchos falsos profetas y van a seducir a muchos.*

Y determina más su pensamiento: *Vendrán con milagros aparentes, con intención de seducir hasta a los mismos elegidos* (Mateo 24,5 y Marcos 13,22)

San Pablo no esconde sus sospechas a los de Corinto: *Me temo que venga Satanás y os seduzca como hizo con la incauta Eva* (2C. 11,3)

Luchar contra la seducción es difícil, porque el seductor ofrece sus propuestas al cliente como las cosas más bellas, suaves, dulces y atractivas que se pueden disfrutar. Aunque después vendrán los desengaños fatales, cuando los lazos de seda se han

convertido en cadenas irrompibles, y ya tenemos a los esclavos del placer, del dinero, de la popularidad o del error...

Al hablar de la seducción, siempre nos solemos referir a la seducción que nos arrastra al mal, y de la cual es protagonista el enemigo primero, el seductor aquel del paraíso... Pero, ¿pensamos alguna vez en el seductor divino, que sabe hacer las cosas muy bien?... El profeta Jeremías tiene el texto famoso, que le dice a Dios: *Me sedujiste, y yo me dejé seducir; me has hecho fuerza, y has podido más que yo* (Jeremías 20,7)

Cuando Dios seduce a un alma no la violenta, no la obliga, aunque Jeremías hable tan fuerte. Dios, más amoroso que nadie, seduce atrayendo por el amor, y para ello se vale de mil estratagemas suaves, deliciosas también, pero no engañosas. A lo mejor el seducido por Dios sentirá los clavos de la cruz, pero que tendrá el final glorioso de una salvación segura y de un encumbramiento altísimo en su gloria.

Dios seduce con los encantos de la naturaleza, con el perfume de una flor o el cantar de un pajarito.

Dios seduce con la mirada inocente de un niño o la sonrisa de un alma pura.

Dios seduce con la belleza de un santo que nos entusiasma.

Dios seduce —¡y qué lazo tan suave!— con la hermosura, los encantos y ternura de María.

Dios seduce —sobre todo y por encima de todo— con Jesucristo, el más bello de los hombres, al que rinden su corazón las vírgenes, su sangre los mártires, sus desvelos y generosidad los apóstoles y los operarios del Reino, su inocencia los niños, su trabajo los obreros, su incansable fidelidad los esposos, su heroísmo los enfermos...

Dios tendió sobre el mundo la red de Jesucristo, y son incontables los que se han dejado atrapar —con el máximo acierto, desde luego— entre sus mallas divinas. Y los seducidos saben lo que es la delicia de la oración, la riqueza de la unión con Cristo en la Comunión, el gozo de trabajar y sufrir por Jesucristo para la salvación del mundo, la tranquilidad de la conciencia con esa paz que sólo Jesucristo sabe dar...

¡Seducción! O nos atrapa Satanás para perdernos, o nos atrapa Jesucristo salvarnos. ¿En qué redes nos metemos?...